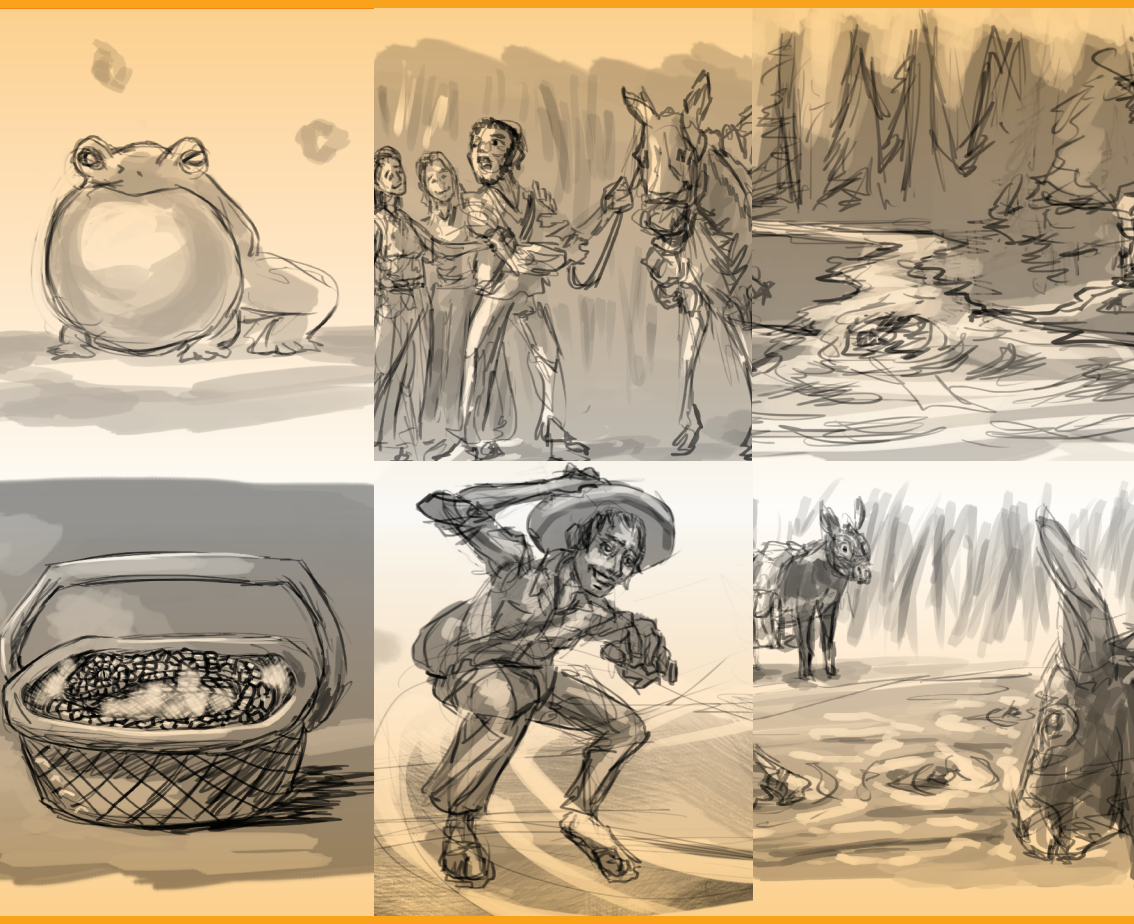
Narrativa

de las comunidades de tradición indígena del estado de Puebla



Adaptación | Pablo Escalante Gonzalbo

Ilustración | Luis Ernesto Sierra

VERSIÓN PARA JÓVENES LECTORES

Narrativa de las comunidades
de tradición indígena del estado de Puebla

Adaptación | Pablo Escalante Gonzalbo
Ilustración | Luis Ernesto Sierra
Investigación | Luz del Carmen Cuéllar Valcárcel y
Paloma Escalante Gonzalbo
Diseño | Jesús Narváez Castellanos
Coordinación editorial | Silvia Rodríguez Molina
Asesoría editorial | Rizoma Gestión Cultural
Cuidado de la edición | Teresa Ramírez Vadillo

Publicado con fondos del programa
El Museo Amparo va por ti
Etiquetado en el presupuesto de egresos de la Federación
2014 / Conaculta a través de la LXII Legislatura de la
Cámara de Diputados

ISBN | 978-607-95918-8-5

Narrativa
de las comunidades de tradición indígena del estado de Puebla

Adaptación | Pablo Escalante Gonzalbo
Ilustración | Luis Ernesto Sierra

VERSIÓN PARA JÓVENES LECTORES

Museo Amparo

FUNDACION AMPARO

CONACULTA

LXII Legislatura
Cámara de Diputados

Índice

9 Introducción

13 Los pretendientes de la Malinche

16 El tesoro del Popocatépetl

19 La vieja que atacó a los cerditos

22 Las brujas de la sierra

24 Dos esposos y el hechizo de convertirse en perro

27 Los escondites del general

30 El hijo del maíz

33 *Siwateyomeh*, las mujeres del río

35 Los duendes que chupan la sangre

37 Cuando los espíritus andan por el campo

39 La serpiente que se convirtió en Venus

41 El maíz y los pájaros carpinteros

44 El hombre flojo y la jarra de monedas

49 La señora de blanco

50 La tortuga invitada a la boda

52 El hombre que desafió al rayo

55 La vida, el hombre y la mujer

56 La bruja malvada y cómo empezaron a existir las moscas, los sapos y los zanates

59 De cómo se hicieron amigos el perro y el coyote

61 El malo de la montaña

63 El maíz podrido y el dios del maíz

66 La aparición de un extraño ángel

68 El renacimiento del dios del maíz

70 Nanauatsin en el agua

71 La rana que reventó

73 La mujer codiciosa que se convirtió en mula

76 La misteriosa cantina del interior de la montaña

78 Cuando se apareció la Virgen en el peñón

80 El mal del susto

82 La historia de los caminantes

84 Los dos burros

86 Los perros hambrientos y la empresa imposible

88 El hombre que hacía milagros y el horno de pan

90 Cuento de un burro y de un cochino

94 La muchacha que se convirtió en sirena

96 El huipil de la tortuga y los dioses del maíz

98 El conejo y el zorrillo

100 El pescador y su enamorada

103 Los cuentos

107 Bibliografía

Introducción

Los relatos incluidos en este libro representan una pequeña muestra de la rica tradición oral que todavía el día de hoy existe en muchas comunidades del estado de Puebla, herederas de la antigua cultura indígena. En algunas de estas historias se aprecian todavía huellas de mitos, personajes y creencias de la época prehispánica; también hay temas y cuentos de la época colonial, y aun más modernos.

Todos los relatos han sido adaptados para unificar el estilo: los he reescrito tratando de conservar lo esencial de los contenidos y también algunos aspectos básicos de las formas de expresión de la narrativa tradicional indígena. Excepto por un par de relatos que recogí directamente en el campo, los textos proceden de manuscritos y publicaciones elaborados por lingüistas, antropólogos, folcloristas e incluso maestros bilingües y misioneros del siglo xx.

Están representadas en esta colección las tradiciones nahua, otomí, totonaca y popoloca, que son lenguas aún habladas en comunidades del estado de Puebla. Abundan los relatos procedentes de la zona

serrana, por ser ésta la de mayor densidad y variedad de población indígena. También es allí donde ha habido más trabajo de recopilación y estudio de la tradición oral, especialmente la de los pueblos nahuas.

Aparecen en estas narraciones diversos personajes míticos, empezando por el paisaje mismo, cuyas montañas, cuevas, ríos y manantiales son vistos como espacios provistos de identidad y cargados de fuerza sagrada, que se expresa a veces en forma de rayos.

Entre los relatos de raíz muy antigua, se encuentran los que se refieren al origen del maíz y a los *tzitzimime* (primitivos habitantes de la tierra, con hábitos caníbales, que aún viven en el inframundo). Incluso podemos ver indicios de los dioses prehispánicos, como el joven dios del maíz o la serpiente que se convirtió en Venus, es decir, Quetzalcóatl.

En estas historias aparecen diversos seres fantásticos: sirenas, brujas, ángeles, duendes. Y las personas se convierten en peces, perros, zopilotes o mulas. Algunas de las cosas sorprendentes que suceden dan un poco de miedo: como el hombre que se queda atrapado en una cantina misteriosa, atendida por jóvenes meseras sobrenaturales, en el interior de una montaña; o la bruja que se come a los niños y deja sus huesitos en una olla.

También aparecen tesoros y monedas, pero no siempre son hallazgos felices, porque puede tratarse de obsequios del demonio, quien suele cobrarse el regalo, a

veces con el alma de quienes lo han recibido: un demonio muy mexicano, a quien en varias comunidades han visto vestido de charro.

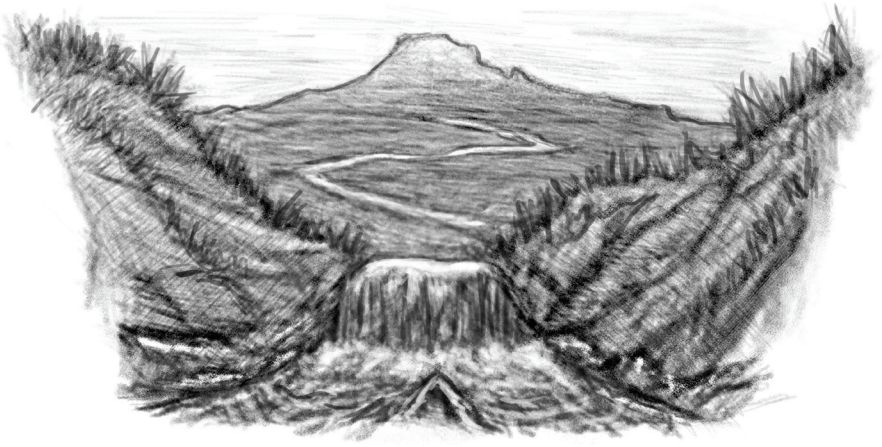
Verás animales que hablan y toman decisiones, situaciones sorprendentes, como la del hombre que mete a una anciana al horno y después de un rato saca a una joven doncella, o la tortuga que camina muchos kilómetros para llegar a la fiesta pero al final llega tarde porque no puede subir tres escalones.

Este libro quiere ser una ventana y una invitación a conocer algo de la sabiduría y el talento literario de los pueblos indígenas.

Dr. Pablo Escalante Gonzalbo
Universidad Nacional Autónoma de México

Los pretendientes de la Malinche

[TRADICIÓN NAHUA DE CUAUHTINCHAN]



Dicen que hace mucho tiempo, antes de que llegara la gente aquí, las montañas se hablaban, como si fueran personas. La Malinche era una señora, y estos cerros que rodean nuestro pueblo eran hombres: el cerro Cuauhtinchan y el Tentzo.

La Malinche era muy hermosa y lógicamente tenía varios pretendientes. Aquí en Cuauhtinchan sus pretendientes eran el Tentzo y el cerro Cuauhtinchan, donde está la Cueva del Águila. Los dos querían a la Malinche. Entonces la Malinche decidió ponerles una prueba para decidir

quién de ellos iba a merecer su amor. Ésta fue la prueba. La Malinche les dijo a ambos:

–Haré mucha pis; arrojaré un gran chorro de orines. Aquel de ustedes que logre detener el gran chorro será a quien escogeré.

El Tentzo y el cerro Cuauhtinchan se prepararon para la prueba. El día que vino el gran chorro el cerro Cuauhtinchan fue el que más se apuró, corrió a detenerlo. Se puso de lado, para atajar mejor los orines que la Malinche mandaba. Pero el chorro era muy fuerte, de manera que empezó a romper la ladera del cerro, hasta que lo partió en dos. Así, los orines siguieron su curso, abriéndose paso a través del cerro Cuauhtinchan, y continuaron por el valle.

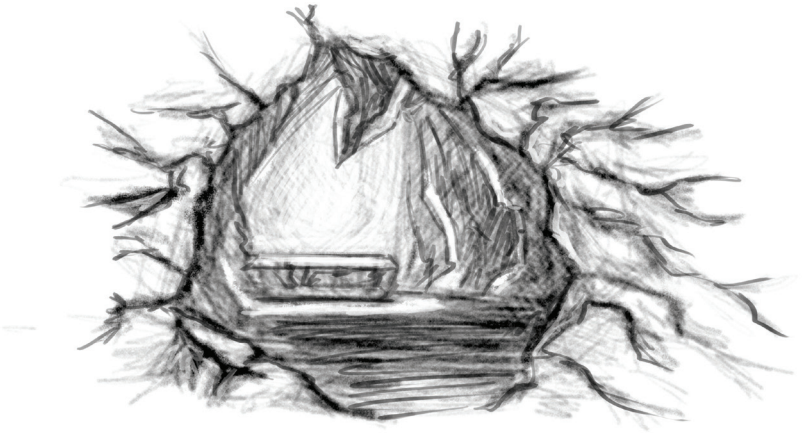
El Tentzo tuvo otra astucia, pues se había dado cuenta de la fuerza del chorro. Decidió replegarse, se distanció del cerro Cuauhtinchan y se fue alejando hacia el sur. Para cuando los orines de la Malinche llegaron a la falda del Tentzo ya no tenían fuerza. Y entonces el Tentzo empezó a atajarlos, los pudo detener y su ladera no se rompía. Y así es como el Tentzo ganó la prueba, y entonces se quedó él de pretendiente de la Malinche.

De este modo se separaron las dos sierras y se formó el valle donde estamos nosotros. Es por eso que el cerro Cuauhtinchan está partido en dos, y justo por la mitad pasa el río. Pero si se han fijado

es un río bien turbio, a veces viene como café, a veces verdoso. No es agua cristalina, pero las cabras sí la beben. Antiguamente fueron los orines de la Malinche.

El tesoro del Popocatépetl

[TRADICIÓN NAHUA DE HUAQUECHULA]



Nosotros le decimos don Goyo, o sea Gregorio; así se llama el volcán. Y así lo conoce también la gente de otros pueblos, los que están más arriba y también en Morelos.

Don Goyo tiene muchos secretos y no le gusta cuando la gente se mete a tratar de averiguarlos. Hemos visto grupos que van a explorar, se meten a las cañadas; nosotros entendemos que van en busca de los secretos del volcán, y esto a él no le gusta.

Además don Goyo tiene un tesoro muy especial. Está dentro de una cueva y nos han contado

que es así: hay una mesa, una gran mesa de piedra apoyada en otras cuatro piedras; es una mesa muy lisa, muy pulida. Sobre esta mesa de piedra están sus joyas, que son una diadema de oro, un collar de oro, sus brazaletes de oro, un cinturón de oro y otros como brazaletes para sus tobillos. Todo colocado sobre la mesa. Varias personas han querido tener este tesoro, como Ernesto Zedillo.

Pues bien, esto sucedió en el año 1994, cuando llegaron los japoneses. Entraron por aquí y nosotros los vimos; por eso sabemos que eran japoneses. Decían que iban a hacer investigaciones, pero en realidad iban a conocer los secretos de Goyito. Y dicen que ellos se llevaron el tesoro de la cueva del volcán, la diadema de oro, los brazaletes, todo; que se lo llevaron a Japón. Y pues esto no le gustó a Goyito, y se enojó mucho. Se le escuchaba rugir porque estaba disgustado; muchos días estuvo tronando y gruñendo. Era su disgusto.

Luego nosotros supimos por la televisión que hubo un gran terremoto en el Japón por esos días, en un sitio que se dice Kobe, pero es en Japón. Y la gente sufrió mucho allá y murió mucha gente. Éste fue el castigo que don Goyo les mandó porque le robaron su tesoro. Y aquí se disgustó y hacía como temblores y ruido, pero no nos hizo daño. A nosotros no nos hizo daño porque él sabía que los que le habían robado su tesoro eran los japoneses.

Esto pasó cuando se disgustó Goyito, y todavía no está bien. Debe de ser que no le han devuelto su tesoro, y todavía no está tranquilo.

La vieja que atacó a los cerditos

[NAHUAS DE LA SIERRA]

Don Felipe Lemus conoce muchas historias de la sierra. Algunas las ha escuchado contar a sus vecinos de las rancherías de Tetela de Ocampo, otras son relatos de las cosas que le han sucedido a él.

Una noche ocurrió algo misterioso en el chiquero de don Felipe. Antes de dormir, el señor Lemus le fue a llevar agua y alimento a la marrana, que estaba amamantando a sus crías. Al rato se oyeron chillidos. Don Felipe y su mujer pensaron que sería la marrana, cansada y lastimada de amamantar a todas sus crías. Pero los chillidos siguieron

fuera del corral. Don Felipe fue a mirar y descubrió que un cerdito había desaparecido; justo el que él consideraba el mejor cerdito de la camada. Regresó a su casa triste de haber perdido una cría pero resignado, pues ya no tenía remedio.

Al día siguiente, cuando don Felipe se preparaba para ir con un amigo a vender leña, vio a una extraña viejita que bajaba de una loma cercana. La viejita no traía ni suéter ni rebozo.

–Buenos días –le dijo la viejita.

–¿Qué se le ofrece? –respondió don Felipe.

La viejita le explicó que había dormido por el rumbo de Eloxoxtla y que había perdido a la gente que iba con ella. No sabía para dónde habían ido. Pero don Felipe no había visto a nadie, y así se lo dijo.

Mientras hablaban, los perros de don Felipe estaban muy inquietos, no paraban de ladrarle a la viejita. Más tarde, cuando la viejita se fue, los perros la siguieron un rato. Además, don Felipe había notado que la viejita traía su falda manchada de rojo. "Será mole", pensó, "a lo mejor se manchó en una fiesta".

Al rato don Felipe se reunió con su amigo Roberto Posadas. Juntos iban a llevar la leña a vender. Le contó lo que había sucedido la noche anterior y le contó también con detalle su encuentro con la viejita.

La hubieras agarrado –le dijo don Roberto–, para saber de dónde venía, por qué estaba manchada y a qué fiesta había ido.

Los dos se quedaron pensando que esa viejita había tenido que ver con el alboroto en el chiquero de la noche anterior.

Al parecer, ambos amigos estaban en la creencia de que la viejita era nahuala y se había convertido en coyote para atacar a los cerdos durante la noche.

A menudo, entre quienes creen en el nahualismo, se piensa que los que se han transformado en fieras durante la noche amanecen con poca ropa, desarreglados y desorientados.

Las brujas de la sierra

[NAHUAS DE LA SIERRA]

Antes, cuando la sierra no estaba tan recortada por las terrazas y había menos casas, se veían luces como de Bengala en lo alto de las montañas. Las luces se trasladaban de un lado a otro; dizque eran brujas que se estaban preparando para atacar a sus víctimas. Y al día siguiente aparecía algún niño muerto; en su cuerpecito tenía moretones que le había hecho la bruja pegándole con la palma de la mano.

Un señor que era rezandero se enfrentó a una de estas brujas. Apenas vio la luz en la montaña

se puso a rezar; decía una oración al revés, empezando por el final. Al cabo de un rato la Bengala fue a caer a sus pies. Era la bruja. Ahora ella estaba espantada.

El rezandero la amenazó de muerte y la bruja prometió que nunca más volvería a atacar a los niños.

Estas luces se veían antes de la medianoche. De cada luz se desprendían varias, que iban en diferentes direcciones.

Dos esposos y el hechizo de convertirse en perro

[NAHUAS DE LA SIERRA]

Había una vez un matrimonio. La esposa siempre se iba tarde a la cama, cuando su marido ya dormía. Cierto día el esposo se encontró por el camino a su compadre.

–Oye –le dijo el compadre–. Todos los días tu esposa sale de casa antes de la medianoche. Se va al panteón. Allí desentierra a los muertos y se los come. Por eso es que siempre se acuesta tan tarde.

–No puedo creer lo que me dices –le contestó el esposo–. Pero a ver. Un día me voy a quedar despierto y así me daré cuenta si es verdad.

Una noche el esposo fingió que dormía; entonces, la mujer pensó que ya podía salir, como lo hacía siempre, y se dirigió al cementerio. Pero esta vez su esposo la siguió y vio cómo abría las tumbas y se comía a los muertos: ¡pues con quién estaba casado! ¡Qué poderes extraños tenía su mujer!

–Tenías razón –le dijo a su compadre al día siguiente–. Es verdad que hace lo que me decías. ¿Qué voy a hacer?

–No te preocupes –le dijo el compadre–. Hacemos una comida y le pedimos a tu esposa que coma frente a nosotros la comida normal. A ver qué hace. Allí veremos.

Y así hicieron una comida. Cuando todos estuvieron sentados le dijeron a la señora que comiera con ellos. Pero ella nada más ponía excusas: que si tenía que ir a la cocina, que si tenía que echar más tortillas.

–Ahora ya siéntate –le dijo el esposo–. Te sientas y comes esto.

Y el esposo le puso un plato de frijoles para que a fuerza los comiera. Pero la mujer no quiso. Agarró el plato y le lanzó los frijoles a su esposo. Inmediatamente, el esposo quedó convertido en perro.

Era un perro negro, muy grande, que a todos daba miedo. Así que se fue del pueblo y anduvo merodeando hasta que llegó a otro pueblo.

Allí se dirigió a la carnicería. Cuando los otros perros que allí había lo vieron llegar luego se fueron, se espantaron.

Así pasó un tiempo. Cuidaba la carnicería y vivía de los restos de carne que el carnicero le daba. Hasta que cierto día pasó por el pueblo una señora que lo reconoció.

–Yo sé quién eres y lo que te hizo tu esposa. Te voy a decir cómo librarte de esta maldición que tienes. Has de ir a ver a tu esposa y le llevas aguardiente. Le sirves un vaso y le pides que se lo beba. Si no lo hace, pues le arrojas el aguardiente del mismo modo que ella te arrojó los frijoles.

Entonces el perro negro, o sea, el marido, emprendió el regreso a su pueblo para encontrarse con su mujer. Al llegar, ella lo reconoció de inmediato y empezó a decirle maldiciones.

–Espérate, sólo vengo a saludar –dijo el esposo–. Y para celebrar el momento te traigo un poquito de aguardiente. Seguro te va a gustar.

Con gran dificultad –pues los perros no son hábiles con sus patas– el señor le quitó el corcho a la botella de aguardiente y lo sirvió. Pero la esposa rechazaba el brindis que él le proponía. Visto esto, el esposo le arrojó el aguardiente a su esposa, y así se cambió el hechizo: él se convirtió en persona nuevamente y la mujer se convirtió en perra, en una inmensa perra negra.

Los escondites del general

[NAHUAS DE LA SIERRA]

La gente de la sierra cuenta que hace tiempo hubo un general muy valiente en la región de Tetela, se llamaba Juan Francisco Lucas y era muy hábil, nunca lo atrapaban.

Un día sus enemigos lo perseguían por la montaña, y estaban a punto de alcanzarlo cuando el general pasó por un pueblo que se llama Zontecomapan. Allí vio a una señora que cosía, sentada afuera de su casa. En aquella época las mujeres usaban faldas muy largas y muy amplias.

El general Lucas no lo pensó dos veces y se fue a meter debajo de la falda de la señora. La falda era tan ancha que no se notaba nada. Entonces llegaron los soldados que lo perseguían.

–¿Ha visto usted a uno que venía corriendo? –le preguntaron los soldados a la señora.

–Sí lo vi –dijo ella–. Se fue para allá.

La mujer les señaló en dirección de Tetela y los soldados se fueron corriendo. De este modo, el general logró salvarse y fue en busca de sus hombres para enfrentarse a sus perseguidores.

Otra vez que el general era perseguido por sus enemigos buscó refugio en la hacienda de Taxcantla. Pero quienes lo seguían llegaron y rodearon la hacienda. Aparentemente el general no tenía escapatoria. Entonces vio un caballo y tuvo una idea. Ordenó a los peones de la hacienda que mataran al caballo. Ya que había muerto el animal, el general le abrió la barriga y se metió dentro.

Cuando los enemigos del general llegaron a la hacienda vieron al caballo muerto. Un oficial ordenó a los peones que lo alejaran de allí antes de que empezara a oler mal. Los peones arrastraron al caballo lejos.

Cuando el general se dio cuenta de que estaba fuera del alcance de la vista de sus perseguidores, salió del caballo y fue a reunirse con sus hombres.

Se cuenta que algunos de los enemigos de Juan Francisco Lucas llegaron a pensar que el general caminaba por debajo de la tierra, como si hubiera túneles, y por eso nunca lograban atraparlo.

El hijo del maíz

[NAHUAS DE LA SIERRA]

Antiguamente no había personas como nosotros en la tierra, sólo estaban los *tzitzimime*, ellos eran los anteriores. Eran caníbales y comían la carne cruda. Cierto día llegó el colibrí y se fijó en la hija de una anciana *tzitzimime*. Algunos piensan que ese colibrí era Dios.

El colibrí escogió a la hija de la vieja caníbal y se la llevó, la hizo su esposa y tuvo con ella un hijo. Pero este hijo tampoco era persona, sólo era como una bolita de sangre; así que el colibrí lo fue a enterrar a la orilla de un manantial. Con el

tiempo, en ese lugar brotó y creció una planta de maíz: era maíz rojo.

Una pareja de ancianos *tzitzimime* se acercó al manantial. Vieron que la planta había dado un fruto y lo cortaron; entonces se dieron cuenta de que el fruto no era otra cosa que una bolita de sangre y la arrojaron al agua que brotaba del manantial. Pero la bolita no se iba a ninguna parte, sino que daba vueltas en el agua, como si hubiera un remolino.

Al otro día, los ancianos regresaron y vieron que había un recién nacido que lloraba en el manantial. Tomaron al niño, se lo llevaron a su casa y lo criaron. Este niño era Sentiopil, el hijo del maíz.

Al crecer, Sentiopil aprendió a tocar instrumentos. Cuando Sentiopil tocaba, todos los *tzitzimime* se ponían a bailar, incluso sus padres adoptivos, los viejos *tzitzimime* que lo habían recogido.

Mientras los *tzitzimime* veían crecer a Sentiopil pensaban: "A éste nos lo hemos de comer un día". También sus padres lo pensaban, pues a fin de cuentas eran *tzitzimime*.

Finalmente llegó el día en que los *tzitzimime* decidieron comerse al joven Sentiopil. Le dijeron que unas ancianas le iban a preparar un buen baño de temazcal. Y las ancianas se pusieron a preparar la lumbre, pues habían decidido comerse a Sentiopil asado.

Pero cuando ya lo iban a meter al horno, Sentiopil corrió a traer a dos tortuguitas y las puso adentro. Las tortugas hicieron una lagunita y el joven se bañó allí dentro. De esta manera no se quemó en el horno, sólo tomó un baño allí.

Cuando los *tzitzimime* abrieron el temazcal, vieron que Sentiopil estaba vivo.

–Bueno, ya me bañaron –dijo el joven–. Ahora les toca a ustedes tomar un baño.

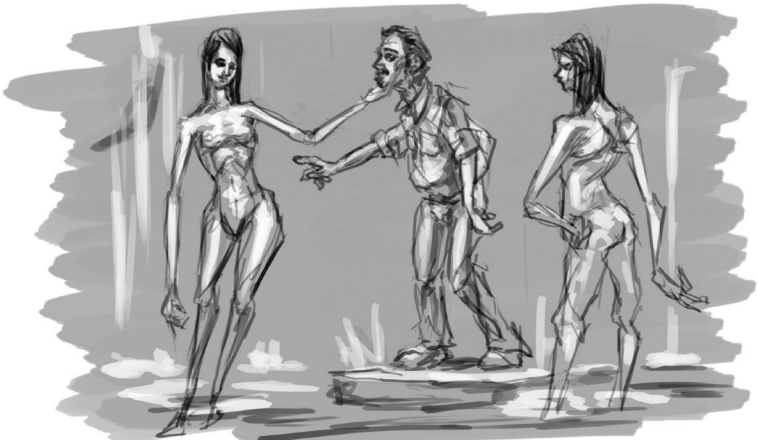
Sentiopil fue por leña, encendió el fuego y metió en el horno a todos los *tzitzimime*. Así los quemó.

Luego buscó una olla grande y allí echó las cenizas de todos. Entonces encargó al sapo que fuera a llevar la olla de cenizas al río.

–Y no vayas a abrir la olla –le había advertido Sentiopil al sapo. Pero el sapo tenía mucha curiosidad, quería saber qué había en la olla, así que la abrió. Y de la olla salieron muchos bichos que llenaron al sapo de picaduras. Por eso el sapo tiene la piel rugosa, por las picaduras de aquellos bichos. Sí, señor.

Siwateyomeh, las mujeres del río

[NAHUAS DE LA SIERRA]



En el río viven unas mujeres distintas a las demás, son como diosas, no son personas. Pero antes eran mujeres.

Su cuerpo es blanco, son de veras muy pálidas. Sus brazos son larguísimos y sus manos siempre están frías. Algunos las llaman sirenas, nosotros las conocemos como *siwateyomeh*.

Las *siwateyomeh* nadan y chapotean todo el día, juegan mucho, se alegran unas a otras platicando y haciendo bromas. Les gusta reírse mientras se mueven en el agua.

Pero no siempre están alegres las *siwateyomeh*. Dicen que es porque a veces se acuerdan de sus hijos, que murieron ahogados. Entonces se les ve llorar.

Cuando los hombres pasan caminando cerca del río, las *siwateyomeh* tratan de atraerlos, quieren hablar con ellos, los llaman, los invitan. Quieren que sean sus esposos y que vuelvan a darles hijos.

Así son las *siwateyomeh*, a veces alegres y a veces tristes. Algunos les dicen sirenas.

Los duendes que chupan la sangre

[NAHUAS DE LA SIERRA]

A veces, mientras un hombre duerme, ve a una mujer que se acerca; o tal vez un gato, o quizá a otro hombre. En realidad es un *masaka*, uno de los duendes que atacan a la gente. Si son varios se les llama *masakameh*.

Entonces la mujer o el gato, o la forma que haya tomado el *masaka,* se sienta encima del hombre que duerme, lo ataca, trata de ahorcarlo. Y el hombre lucha contra el duende, lo golpea hasta que logra deshacerse de él. Y después de un rato despierta, pero por un tiempo no puede hablar, ha perdido la voz con el ataque del *masaka*.

Los hombres a quienes suelen atacar los *masakameh* son aquellos que tienen la sangre dulce; los duendes quieren beberla.

Cuando los espíritus andan por el campo

[NAHUAS DE LA SIERRA]

Dicen los viejos que algunos hombres pueden transformarse en animales. Su tonal, su espíritu, se mete en el cuerpo de un gato montés, de un coyote, de un zorro o de otro animal. Y así es como estas personas se transforman.

Los parientes de esta gente especial ya lo saben. Por eso, cuando un primo ve al animal, o tal vez la nuera o la comadre, en seguida dicen: "Ahí va su tonal", o bien: "Véanlo cómo se transforma cuando quiere".

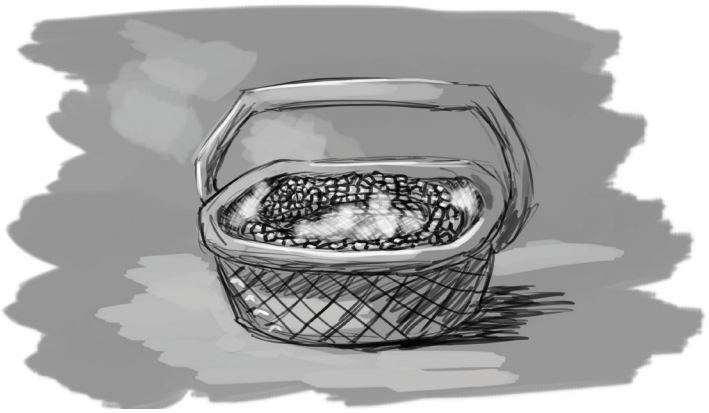
También dicen los viejos que cuando muere alguien a quien le gustaba mucho montar a caballo

su espíritu sigue haciendo lo mismo durante mucho tiempo, corre por los mismos parajes en los que el difunto galopaba.

También dicen que el espíritu de estos jinetes se monta en el viento y galopa, como si el viento fuera su caballo. Están extrañando la época en que eran personas y galopaban.

La serpiente que se convirtió en Venus

[TOTONACOS DE LA SIERRA]



Hubo una vez un viejo que encontró una serpiente en su ranchito. No era cualquier serpiente, sino una serpiente-venado, de las que dan dinero a la gente.

–Llévame a tu casa –le dijo la serpiente al anciano.

–No sé cómo voy a alimentarte –contestó él.

–¡Ah!, entonces sí estás dispuesto a llevarme. Trae un canasto o un huacal y llénalo de algodón para que yo pueda acostarme.

El viejo hizo lo que la serpiente le pedía y se la llevó adentro de su casa. Ese día habían guisado

pollo. El hombre comió y le convidó a la serpiente. Cuando la serpiente quedó satisfecha se fue a dormir en su cama de algodón. Pero antes de acostarse le pagó al viejo, le dio dinero. Y esto se repitió cada día: la serpiente comía, le daba dinero al anciano y se iba a dormir.

Después de un tiempo el viejo se cansó de la serpiente, ya no quería cuidarla. "Me voy a deshacer de ella", pensó, y al día siguiente se levantó de madrugada, cogió el canasto con la serpiente y salió de su casa.

La primera luz del alba parecía una rendijita en el horizonte. El viejo sacudió con fuerza a la serpiente, la hizo girar sujetándola por la cola y finalmente la lanzó lo más lejos que pudo, con tanta fuerza que la serpiente llegó hasta el cielo y se convirtió en el lucero, en la estrella del alba.

El maíz y los pájaros carpinteros

[TOTONACOS DE LA SIERRA]

En aquel tiempo no había maíz todavía, la gente no conocía el maíz. Entonces andaban por la sierra dos pájaros carpinteros; eran una pareja, macho y hembra.

–Veamos si dentro de la montaña hay maíz –dijo uno de los pájaros.

–Sí, vamos a picotear el cerro hasta que logremos abrirlo. Tal vez en una cueva, tal vez en su interior haya maíz –dijo el otro.

Los pajaritos se dirigieron al cerro que habían escogido. Era grande, no estaba muy lejos del

pueblo, y ellos estaban seguros de que allí encontrarían maíz.

Empezaron a picotear; esto sabían hacerlo muy bien, pues ya dijimos que eran pájaros carpinteros. Picotearon todo el día, a ver si se abría el monte, a ver si se hacía un agujero, si se descomponía el monte. Pero al final del día estaban cansados, no lo habían logrado.

El segundo día tampoco consiguieron abrir el cerro. "Tal vez mañana", pensaron, y se fueron a descansar.

El tercer día otra vez se aplicaron, se dedicaron a dar picotazos en el cerro desde la mañana. Al mediodía, por fin, acabaron de partir el cerro, se rajó por fin el cerro.

En ese momento se desprendió una roca que fue a golpear en la cabeza a uno de los pájaros carpinteros. El golpe hizo sangrar su cabeza, era el macho.

–Ya te vas a morir –dijo la hembra.

–No, no me muero, sólo es un golpe. Era necesario que se desprendiera la piedra. Ahora ya sale el maíz.

El maíz brotaba del interior de la montaña, se regaba muchísimo maíz. Pero nadie sabía todavía que el maíz estaba allí. Así pasaron cuatro días; entonces las hormigas lo descubrieron. Eran hormigas de las que llamamos arrieras;

empezaron a agarrar el maíz y se lo llevaban cargando montaña abajo.

De ese modo la gente supo del maíz, porque vieron pasar a las hormigas. Se fijaron en lo que traían y les pareció que era muy bonito, era un maíz muy blanco.

Entonces se fueron juntando; primero uno, luego otro, hasta que fueron cinco señores. Y empezaron a seguir a las hormigas. El camino era difícil, el primer día no llegaron. Descansaron y continuaron al día siguiente.

A veces tenían que cortar árboles para poder avanzar por la sierra. Así iban subiendo, se iban acercando. El tercer día ya llegaron, por fin encontraron la montaña. Allí estaban las hormigas recogiendo el maíz que brotaba del interior.

–Ahora regresemos al pueblo –dijeron los señores–. Nosotros ya hemos visto dónde está el maíz, avisemos a la gente para que todos vengan a recoger, que todos tengan maíz.

El hombre flojo y la jarra de monedas

[NAHUAS DE LA SIERRA]

Había una vez un hombre que era muy flojo, nunca quería trabajar y vivía pobremente. Hasta que un día que iba por el camino le dieron una buena paliza, vaya que lo azotaron. El hombre llegó a su destino como pudo, y lo primero que vio al llegar fue una serpiente cortada en pedazos.

–Oh, pobrecita –dijo el hombre–. Veo que estás sufriendo igual que yo. A mí me molieron a palos y a ti te cortaron en pedazos… Te han matado, pobrecita.

Entonces el hombre tomó los pedazos de la serpiente y se puso a pegarlos con cuidado. Y cuando terminó, la serpiente empezó a moverse.

–Gracias por haberme revivido. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Cómo podré pagarte…? ¡Ya sé! Sígueme, iremos a donde viven mi padre y mi madre, ellos te darán tu recompensa.

Así lo hicieron. Después de un rato llegaron con los padres de la serpiente.

–Gracias por curar a nuestro hijito que estaba por allí muerto –dijeron ellos.

–Sí –respondió el hombre flojo–, me dio lástima y sentí compasión porque a mí también me dieron una paliza. A su hijo lo hicieron sufrir como a mí.

–Bueno, pues ahora tendrás tu recompensa. Pero es mucha la riqueza que vamos a darte y no podrás cargar con todo. Así que tendrás que hacer esto. Te llevarás esta jarra de oro llena de dinero. Es tuya. Al llegar a tu casa vierte las monedas en una petaca, deja la jarra vacía y ponla a un lado de tu petate. Cuando despiertes verás que la jarra ha vuelto a llenarse. Si repites esto cada noche nunca te faltarán monedas y serás un hombre muy rico.

Así es como el hombre flojo se hizo rico. Entonces decidió viajar a España para encontrar mujer. Allí se casó y luego trajo a su mujer a esta tierra, y también a sus suegros.

–¿De dónde saca tu marido tanto dinero? –le preguntaron un día los señores a su hija–. Nunca trabaja, ¿cómo es que es tan rico?

–Bueno –respondió la hija–. Él tiene una valiosa jarra de oro. Antes de dormir la deja vacía y al amanecer aparece llena de monedas. Así es como sucede.

–Pues, hija, mira a ver si puedes robársela. Se la quitas una noche y nos la das a nosotros.

Un día la hija hizo lo que sus padres le habían encargado. El hombre flojo despertó y se dio cuenta de que había desaparecido su jarra.

"Y ahora qué haré", pensaba el flojo. "Y quién me habrá robado mi jarra."

Entonces el flojo salió a caminar y se encontró con un halcón. El halcón estaba llorando porque no encontraba su ración de carne.

–Tú lloras porque no tienes tu ración de carne y yo porque he perdido mi jarra –dijo el hombre.

–No te preocupes –respondió el halcón–. Allí está lo que perdiste.

–Pero ¿dónde?

–Allí nomás, bien cerquita –le dijo el halcón.

–Si de verdad sabes dónde está mi jarra y me ayudas a recuperarla, te daré lo que me pidas.

–Pues bien –dijo una vez más el halcón–, para que veas que sí lo sé te diré lo que pasó. Tu suegro la tiene escondida en un baúl. Tu mujer te la quitó

mientras dormías y se la entregó. Si quieres que recupere la jarra para ti, tendrás que darme lo que te pida.

–Te daré lo que quieras –dijo el hombre.

–De acuerdo –respondió el halcón–, cada vez que tus gallinas tengan pollitos quiero que me regales la mitad de los que nazcan. Así nunca me faltará comida.

El hombre estuvo de acuerdo en darle al halcón lo que le pedía, a cambio de recuperar la fuente de su riqueza. Entonces el halcón le explicó lo que harían.

–Debes ir a buscar al ratón, dile que necesito hablar con él.

El hombre llamó de prisa al ratón y lo trajo ante la presencia del halcón.

–Esto es lo que te voy a pedir –le dijo el halcón al ratón.

–Pues a ver –dijo el ratón–, a ver si yo puedo.

–Quiero que vayas a aquella casa y hagas un agujero en el baúl. Verás que hay una jarra muy brillante. Quiero que la saques y la subas al tejado, entonces yo la atraparé.

–Claro que puedo hacerlo –dijo el ratón–, pero necesito que me avises cuando veas un cántaro lleno de maíz. Ésa será mi recompensa.

El halcón estuvo de acuerdo y el ratón hizo su trabajo. Los ratones son buenos para hacer

agujeros en las petacas, así que el trabajo no tardó mucho tiempo.

Cuando el halcón vio la jarra dorada sobre el tejado voló hacia allá con las garras preparadas y atrapó la jarra.

Entonces se la devolvió al hombre flojo, que una vez más se volvió un hombre rico.

¿Y el halcón? Nunca le faltan pollos que comer. ¿Y el ratón? Siempre sabe dónde hay maíz.

La señora de blanco

[TRADICIÓN OTOMÍ]

Esto ocurrió un día de madrugada, cuando salí de mi casa para ir al trabajo. Apenas había cerrado la puerta y miré hacia el camino. Alguien venía, pero no era una persona común: era una señora muy grande y muy blanca. Esta mujer no caminaba, sino que iba como volando despacio, a dos palmos del suelo. Avanzaba hacia mí y estaba a punto de alcanzarme, así que regresé corriendo a la casa y cerré la puerta. Así me quedé, dentro de la casa, esperando a que la señora pasara de largo. Al cabo de dos minutos volví a abrir. No vi nada, la mujer de blanco había desaparecido.

La tortuga invitada a la boda

[TRADICIÓN OTOMÍ]

Un día le preguntaron a la tortuga si iba a ir a la boda. Algunos dicen que era la boda de unos gatitos.

–Pues claro que voy –dijo la tortuga–, pero para llegar a tiempo tengo que salir ya.

Así pues, la tortuga se puso en marcha un mes antes de la boda. Llevaba ropa limpia para cambiarse al final de la travesía; quería ir muy arreglada a la fiesta.

Por suerte, cuando faltaban ocho días para la boda la tortuga llegó a la casa donde iba a celebrarse.

Pero había varios escalones y eso era difícil para ella, necesitaría ocho días para subirlos. Era justo el tiempo que tenía, de modo que empezó a subir de inmediato.

Cuando sólo le faltaba un escalón la tortuga tropezó, resbaló y volvió a quedar en el primer escalón.

–Ya no subiré otra vez –se dijo la pobre– porque no alcanzaría a llegar a la boda. Mejor me regreso a mi casa.

El hombre que desafió al rayo

[TOTONACOS DE LA SIERRA]

Había una vez un hombre que no quería creer en Dios: "A mí que me enseñen en dónde vive y quién es", decía el señor incrédulo. Tampoco tenía temor de las tormentas. Cuando empezaba a verse el resplandor de los relámpagos y todos los hombres que estaban trabajando en el campo regresaban a casa, el hombre incrédulo se iba burlando por el camino y decía que a él no le pasaría nada.

La gente le pedía que no dijera esas cosas, pues le podía llegar un castigo, pero a él no le importaba.

Entonces los de su pueblo se pusieron de acuerdo, decidieron que si a este señor le ocurría algo ninguno lloraría por él, pues ya le habían dado bastantes consejos.

Pasó el tiempo y el hombre siguió burlándose de sus compañeros, hasta que un día se burló del mismo trueno. Esa tarde todos estaban trabajando en el campo cuando empezó la tormenta. Entonces soltaron sus herramientas, dejaron el azadón y el machete para no faltar al respeto a los ángeles, y se alejaron para guarecerse bajo unos plásticos. Pero el hombre incrédulo y terco se quedó trabajando. Los demás le gritaron que dejara el azadón y se quitara el machete del cinto, pero este hombre sólo se burlaba. Entonces sus compañeros se alejaron un poco más; si caía un rayo por culpa de su compañero no querían que a ellos les tocara también.

Al cabo de un rato la tormenta terminó, sin que al hombre le hubiese pasado nada. El resplandor de los relámpagos se alejaba con las nubes.

–Lo ven –dijo el hombre–, a mí el rayo no me hace nada.

Desenfundó su machete y les dijo a sus compañeros:

–Para que vean cómo trabajan los ángeles.

Dio un golpe y no pasó nada, dos golpes, tres golpes y nada. Cuando el hombre incrédulo se

disponía a dar el cuarto golpe fue fulminado por un rayo.

Cuando sus compañeros se acercaron sólo quedaban cenizas. Pero nadie lo lloró, pues decían que él había buscado la muerte.

La vida, el hombre y la mujer

[OTOMÍES DE LA SIERRA]

El vientre de la mujer es como la cueva. En lo más profundo de la cueva se producen las piedras preciosas y en lo profundo del vientre, la vida de los seres humanos; allí tomaron forma nuestros antepasados y también todos nosotros.

El hombre y la mujer son distintos y se acompañan. Cada uno tiene su voz. El hombre es la guitarra y la mujer el violín. Éstos son los instrumentos que tocamos en la ceremonia que nosotros llamamos "el costumbre". Y siempre tocamos música y bailamos cuando vamos a entrar en una cueva.

La bruja malvada y cómo empezaron a existir las moscas, los sapos y los zanates

[TOTONACOS DE LA SIERRA]

Antiguamente había una bruja que se comía a los niños. Esperaba a que sus madres salieran al campo y cuando se quedaban solos acudía a las casas para comérselos. Aunque estuvieran escondidos en el tapanco, la bruja los encontraba y se los comía. Los chupaba de la cabeza a los pies; sólo dejaba los huesos en una olla. Y si no había niños en casa, si solamente estaba la mujer, la bruja también se la comía.

–Mira, tienes muchos piojos. Déjame que te los quite, señora –le decía la bruja, y así empezaba a chuparla.

Cierto día la bruja fue a una casa y se comió a la mujer, pero antes de que pudiera irse llegó el marido, que venía del campo. Al entrar a su casa el hombre vio en un rinconcito la olla con los huesos y luego vio a la bruja. Pero ella no se dio cuenta de que el hombre la había descubierto, así que fingió que era una amiga de su esposa y la estaba esperando.

–Pues vamos a esperarla –dijo el señor–, quédese usted pero póngame a asar unos chiles para los tamales. Ah, y además le vamos a compartir nuestro temazcal. Podrá darse un buen baño.

Mientras la bruja asaba los chiles, el señor calentó el baño y en cuanto estuvo listo le dijo a la bruja que se bañara ella primero. Como la bruja no sabía que había sido descubierta, se metió a bañar con confianza.

Entonces el hombre puso en el agua del temazcal el polvo de los chiles molidos. La bruja se ahogaba y todo le ardía. El hombre siguió calentando el temazcal y echando chiles molidos hasta que la bruja quedó convertida en ceniza.

–Toma –le dijo el señor a uno que a veces le llevaba leña–, llévate esta olla con cenizas y tíralas al río, nomás no la vayas a destapar en el camino.

Y todo habría salido bien de no ser porque otro campesino que iba por el camino vio al leñador y le suplicó que le dejara abrir la olla. Al destaparla, un

enjambre de moscas salió de su interior; cubrieron completamente el cuerpo del pobre hombre que cargaba el recipiente. Lo mordieron hasta convertirlo en sapo. Y el otro, el que había pedido que se abriera la olla, quedó convertido en zanate, voló hacia un árbol y comenzó a cantar; entonces amaneció, porque todo esto había ocurrido de noche.

Si aquel curioso no hubiera querido destapar la olla no habría en la tierra ni moscas, ni sapos ni zanates que cantan al amanecer.

De cómo se hicieron amigos el perro y el coyote

[OTOMÍES DE LA SIERRA]

Un día el coyote iba por el camino cuando se encontró a un perro viejo.

–¿Y tú qué haces en el monte? –preguntó el coyote.

–Mi amo ya no me quiere –respondió el perro–, dice que ya no sirvo para cuidar el gallinero, así que me corrió de nuestro ranchito.

–Pues no te preocupes, eso lo vamos a arreglar. Esta noche no te duermas temprano, quédate despierto hasta que yo llegue. Me voy a meter al gallinero y atraparé una gallina. No la voy a morder muy fuerte, nomás la voy a jalar del pellejo. Tú

harás gran alboroto, ladrarás, me perseguirás y harás como que me muerdes. Entonces yo te dejaré la gallina y saldré corriendo. Tomas la gallina y se la entregas a tu amo. Ya verás que tu amo te vuelve a querer.

Esa noche tanto el perro como el coyote hicieron lo que habían planeado y todo salió bien.

Al día siguiente el coyote volvió a encontrarse con el perro en la montaña.

–¿Cómo te fue, perrito viejo? ¿Qué pasó?

–Mi amo ya me quiere otra vez, gracias a ti, coyotito.

–Ya ves, yo te lo dije. Luego nos vemos por ahí.

El malo de la montaña

[POPOLOCAS]

El Chinentle es un ser poderoso y malvado. Por eso a veces lo llamamos “el malo”. El malo nos engaña todo el tiempo, pues a veces parece persona, se viste como de charro, muy elegante, y otras veces se convierte en animal. Muchos lo han visto convertido en calandria.

Si uno quiere hacer un compromiso con el malo tiene que subir a la montaña. Allá se encuentra con él y el malo le pide que firmen el pacto con sangre. Ya que se hace un compromiso con el malo no se puede romper.

Si una persona hace un pacto con el malo para hacerse rico, el malo le dará una moneda y le pedirá que la guarde dentro de una caja durante toda la noche. A la mañana siguiente, la caja estará llena de dinero. Y así es, el malo hace que la gente tenga de pronto un montón de dinero, pero esa riqueza no es buena porque no es producto del trabajo de las personas. Además, el alma del que recibe la riqueza queda comprometida a servir al malo para siempre.

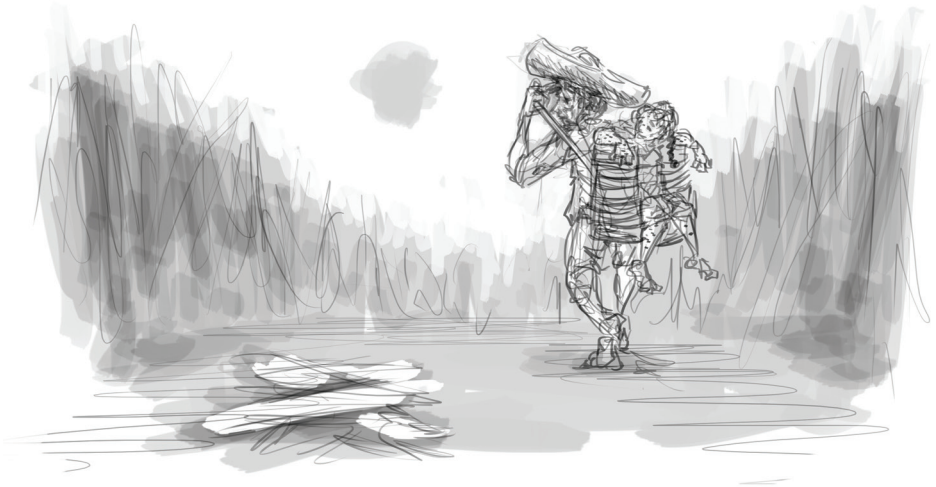
A los que piden ganado, el malo les dice que dejen bien barrido su patio antes de dormir, y a la mañana siguiente el ganado aparece en el patio. Llegan solos, sean reses, chivos, marranos. Cualquier animal que se le pida al malo, el malo lo concede. Pero esa riqueza no dura mucho porque el malo es muy traicionero; de repente da las cosas y, cuando menos se lo espera la persona, el malo le arrebata lo que le dio.

Dice la gente que al malo también se le puede pedir una larga vida, hasta cien años, pero en realidad la gente no aprovecha esa vida porque envejecen muy rápido.

Yo no sé dónde habrá gente que acepte hacer esos tratos con el malo. Por aquí, hasta la fecha, nadie se ha animado. Preferimos vivir pobremente, sin ningún tipo de compromiso y del lado de Dios.

El maíz podrido y el dios del maíz

[Ttotonacos de la sierra]



Había un señor que era muy pobre porque su milpa no daba buenas cosechas: algunas mazorcas salían muy pequeñitas y muchas otras salían podridas. Cierto día, este hombre fue al monte para recoger leña; su esposa la necesitaba para hacer la lumbre y calentar la comida. Al cabo de un rato el hombre reunió suficiente leña para completar la carga; preparó el rollo, lo sujetó con su mecapal y empezó a andar. Pero apenas había dado unos pasos cuando se encontró con una niña.

–Ayúdeme, por favor –le dijo la niña–, estoy enferma. Tengo todo el cuerpo cubierto de granos. Haga el favor de llevarme y curarme.

El señor lo pensó un poco y al final se compadeció, abandonó la leña en el suelo e hizo que la niña se sentara en su mecapal. Así la llevó a cuestas.

Al llegar a su casa el señor le dijo a su esposa:

–Señora, te traigo a esta niña para que la cures. La encontré en el camino, está enferma y me dio lástima.

La mujer hizo lo que su marido le pedía y la curó. Y así la niña se quedó viviendo con ellos como si fuera su hija.

Al cabo de unos meses llegó la hora de la cosecha. Aquello parecía un milagro: todas las mazorcas se habían dado grandes y limpias.

Cuando la niña vio lo feliz y satisfecho que estaba el hombre, le dijo:

–Señor, dime dónde vas a amontonar las mazorcas cuando las traigas de la milpa. Donde almacenes la cosecha quiero que me coloques un banquito de madera. Yo me sentaré en ese banquito y así me la pasaré.

El hombre no entendió por qué la niña le pedía eso, pero como siempre la consentía mucho no tuvo inconveniente en cumplir su deseo. En un clarito junto a la casa colocó las tablas y amontonó el maíz. Y allí mismo le puso a la niña su banquito.

La niña se pasaba las horas en el banquito, e incluso dormía en aquel lugar, hasta que un buen día desapareció y nadie volvió a saber de ella nunca más. Los señores estaban tristes de ya no verla, pero también estaban alegres porque en adelante sólo tuvieron buenas cosechas.

Se conoce que aquella niña enferma era el propio maíz podrido. Como la curaron y la cuidaron, ella quedó sana, y también quedó limpio y bueno el maíz.

Se dice que quien ayudó a este señor fue el mero dios del maíz, que lo puso a prueba para ver si era bueno y generoso con la gente. Como fue amable y cuidó de la niña, el dios del maíz lo ayudó así. Es como si le hubiera agradecido por haber sanado a su hija.

La aparición de un extraño ángel

[OTOMÍES DE LA SIERRA]

Cierta noche salí del cuarto y, en medio de la oscuridad, pude ver un animal muy grande que bajaba del cielo, era como un guajolote; sus alas eran grandes y sus uñas también. No se me ocurrió qué hacer, tal vez debí haberme metido en el cuarto, tal vez debí quedarme quieta, pero sólo pensé en echar a correr. Miré hacia atrás y me di cuenta de que el extraño ángel me seguía; sus ojos brillaban mucho, eran de un color rojo encendido. Las piernas se me doblaban, nunca había corrido

tanto. Me sentí perdida, como si no fuese de aquí, como si yo fuese una extranjera en mi tierra.

El animal espantoso se abalanzó, se lanzó sobre mí y me hizo caer. Yo sujetaba una cruz que había sido de mi madre y que nunca quise soltar. Traté de gritar pero tenía la lengua pegada al paladar. Después de un rato se despegó mi lengua y pude gritar. El grito hizo que desapareciera el animal. Mi esposo lo oyó también, salió al patio y me buscó. Nos abrazamos y tratamos de olvidar el incidente.

A la mañana siguiente vimos al gran animal tirado junto al puente. Todavía le brillaban los ojos. El único rastro que me quedó de su ataque fue un rasguño en las piernas. Tal vez era un ángel, pero un ángel monstruoso.

El renacimiento del dios del maíz

[NAHUAS DE LA SIERRA]

Dicen que a uno de por aquí se le llenaron de polilla todas sus mazorcas; ya no podía hacer nada con ellas y quería evitar que la polilla se pasara a otro lado e hiciera más destrozos. Así que este señor se llevó todas sus mazorcas al río y allí las tiró.

Poco después, un leñador que pasaba justo por esa parte del río se sorprendió al ver que había un viejo dentro del agua. El viejo dijo que tenía frío y le pidió al leñador que lo llevara a su casa.

–Anda, llévame a tu casa –decía el viejo.

–¿Y si se enoja mi familia? –respondía el leñador.

–No pasará. Verás que me van a querer.

–¿Y cuál es tu nombre? –preguntó el leñador.

–No tengo nombre, pero no soy una persona cualquiera.

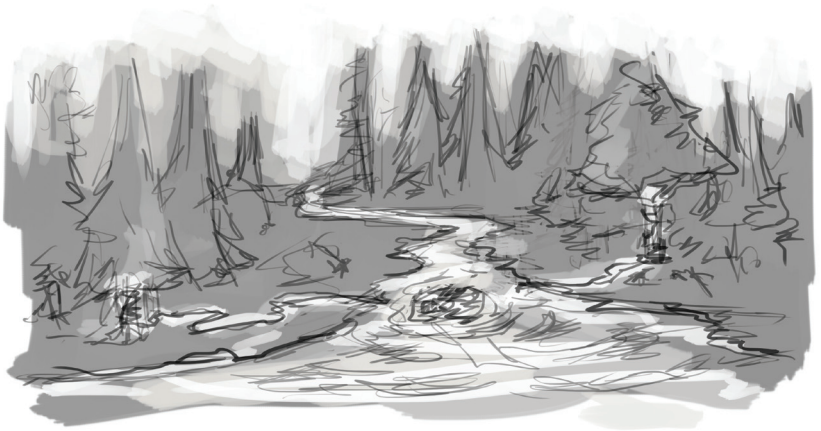
El anciano era medio güero, iba vestido de blanco y traía un morralito. Como era muy mayor y tenía frío, el leñador se compadeció de él y se lo llevó a su casa. Al llegar, y después de calentarse, el visitante pidió que le dieran un poco de pan blanco, así que se comió una telera y un atole. Eso fue lo que pidió y dijo que sólo eso almorzaba, que no comía ni cenaba nada más.

Ya que se calentó y se alimentó, el anciano se quedó quietecito en la casa. No dijo nada más, sólo se quedó ahí. A la mañana siguiente la casa estaba llena de mazorcas, y el hombre del morral ya no estaba. La casa estaba de veras llena de mazorcas, como si se hubieran vaciado varias trojes.

Dicen que en las mazorcas apolilladas que se arrojaron al agua estaba el dios del maíz, porque él vive dentro de la planta. En agradecimiento al leñador que le dio cobijo y comida, el dios del maíz le regaló muchas mazorcas. En realidad era el mismo dios del maíz convertido en mazorcas para agradecer a quien lo ayudó.

Nanauatsin en el agua

[NAHUAS DE LA SIERRA]



Dicen los viejos que hay un animal que vive en el agua llamado Nanauatsin. En la época de lluvias Nanauatsin está muy enojado porque lo amarraron el día de San Juan. Dice que si los que lo tienen amarrado llegan a soltarlo, o si él logra quitarse el mecate o si el mecate se rompe, se comerá a todos los hombres, devorará a todos nuestros hermanos.

La rana que reventó

[NAHUAS DE LA SIERRA]

Cierto día, unas ranitas iban de paseo cuando se cruzaron con un toro. Nunca antes habían visto a este animal. Tan pronto como llegaron a su casa se lo contaron a su madre.

–Acabamos de ver un animal muy grande, nunca habíamos visto un animal tan grande.

La rana madre se infló y les preguntó a sus ranitas:

–¿Era así de grande el animal que vieron?

–Nooooo, mucho más grande –respondieron las ranitas.

La rana se infló más aún y volvió a preguntar:

–¿Así, de este tamaño?

–Nooooo, mucho, pero mucho más grande.

Entonces la rana juntó todo el aire que pudo y se infló mucho más, pero fue tanto que reventó. Murió al instante.

Así les ocurre a las personas que son orgullosas.

La mujer codiciosa que se convirtió en mula

[TRADICIÓN NAHUA DE TECALI DE HERRERA]

Una ocasión supe de algo extraordinario que le ocurrió a un señor que se dedicaba a fabricar petates. Bueno, por aquí todos fabricamos petates, es lo que hacemos. Y este hombre quería comprar tiras de tule para hacer los petates. Yo me ocupé de conseguírselas y cuando las tuve le fui a avisar a su casa. Le avisé, me despedí y regresé para mi casa.

Pues me dicen que, tan pronto como me fui, este hombre se puso como loco con todos; hasta quería pegarle a su mamá. Y es extraño, porque

era un señor normal. Y al cabo de un tiempo le preguntamos:

–Bueno, pues, compadre, ¿de dónde levantaste esa enfermedad? Tú eres muy sano.

–No sé, pero creo que hago estas payasadas cuando me acuerdo de mi hermana Carmen.

Entonces le hicimos ver que su hermana Carmen ya estaba muerta hacía tiempo, y que pues mejor se olvidara de ella.

–Pues no es cierto que se haya muerto –nos dijo–, enterramos la caja vacía.

Y entonces nos contó que su hermana y su cuñado, que tenían mucha necesidad de dinero, se habían animado a hacer un pacto con el malo de la montaña. Habían ido a buscarlo a la cueva y habían hecho un pacto con él, a cambio de dinero.

–Un día mi cuñado me convenció de subir con él a la cueva. Me dijo que saliera yo de pobre, que allí daban harto dinero. Y pues lo acompañé.

Y nos contó que al llegar a la cueva él esperaba que todo iba a ser de piedra, pero de alguna manera había una puerta. El cuñado tocó a la puerta y se oyó como un zaguán que se abría.

Entonces entraron a la cueva, y desde el fondo vieron que salía corriendo su hermana Carmen. Venía echando lumbre por la boca y por la nariz. Estaba transformada. De la cintura para

arriba era su hermana Carmen, pero de la cintura para abajo era una mula.

Y el señor que nos contó esta historia luego se perdió. No supimos más de él.

La misteriosa cantina del interior de la montaña

[POPOLOCAS]

Dicen que en las montañas hay unas cantinas que no son como las de los pueblos; son sitios mágicos de los dioses de los cerros. En esas cantinas les roban los años a los hombres que llegan a entrar.

Se sabe que un señor iba cruzando la montaña con sus burros y de pronto vio la entrada a una cantina. No había nada más, ni casas ni poblado, sólo la entrada a la cantina. Y unas muchachas lo jalaban y lo invitaban a entrar; le decían que pasara, que podía beber todo lo que quisiera sin

pagar nada. Y el señor amarró sus burros afuera y se metió a tomar y a pasar el rato.

Cuando ya quería irse, las mujeres lo convencían de quedarse un rato más. Y como estaba a gusto, pues se quedaba. Al cabo de un rato pensó que ya habían pasado muchas horas y se decidió a salir. Pero cuando lo hizo y se encontró nuevamente en el camino, vio que sus burros no estaban; alguien los había desamarrado y se los había llevado.

Este hombre se lamentó de que le hubieran robado a sus animales y siguió su camino al pueblo. Cuando llegó la gente estaba sorprendida. ¡Hacía siete años que se había ido con los burros al monte y pensaban que se había perdido para siempre!

El hombre se miró en un espejo y vio que ya tenía arrugas y muchas canas, ¡estaba mucho más viejo! Él pensó que sólo había pasado unas horas en la cantina, pero en realidad fueron siete años.

Así es como los seres de la montaña le roban la vida a los hombres; cuando ellos aceptan la bebida no se dan cuenta de que les están robando vida con ello.

Cuando se apareció la Virgen en el peñón

[NAHUAS Y TOTONACOS DE LA SIERRA]

Se dice que un domingo de octubre, hace casi cien años, ocurrió algo prodigioso en el peñón de Jonotla. No paraba de llover. Había sido una semana de bruma y aguaceros debido al paso de un norte. Después de varias horas de oscuridad, hacia las tres de la mañana se vio una luz resplandeciente en el peñón. La luz aparecía y desaparecía, como si fuese un faro. Mucha gente de las rancherías de los alrededores pudo ver esto; se encontraban despiertos debido a lo fuerte del temporal que azotaba la zona. Al amanecer, la

gente hablaba sobre las luces que se habían visto en el peñón. Quienes habían estado dormidos no sabían de qué se hablaba.

Hacia las nueve de la mañana pasaron por el lugar un muchacho y su madre. Él se llamaba Fidel Alejandro de Jesús Carreón. Eran muy pobres, les había ido muy mal últimamente, e iban a vender algo de leche para obtener dinero y poder comprar otros alimentos. De pronto, Fidel escuchó una música muy suave y una voz maravillosa. Siguiendo la voz, Fidel llegó a una roca que desprendía una luz fortísima. Dentro de la luz podía verse la imagen de la Virgen de Guadalupe. Cuando el muchacho la vio, cayó desmayado.

Al cabo de un rato, Fidel Alejandro corrió con su madre y le explicó lo sucedido. La madre no sabía qué hacer. ¿Sería verdad que se había aparecido la Virgen? Entonces pasaron otros rancheros y entre todos acudieron al sitio. Era verdad, allí estaba la Virgen; se había aparecido a la gente de Jonotla en medio de la tempestad.

Entonces, Fidel, su madre y los demás rancheros bajaron al pueblo y dieron la noticia del milagro. Después se hizo un santuario en el peñón, en el lugar donde se había aparecido la Virgen.

El mal del susto

[NAHUAS Y TOTONACOS DE LA SIERRA]

Una niña se cayó en el monte. Tal vez se dio un sentón muy fuerte; el golpe la asustó, la dejó enferma. Entonces la niña ya no comía bien, se fue poniendo muy débil. Buscaron a un curandero que pudiera remediarlo, fueron con don Aurelio: él tiene las dos tradiciones, la de los nahuas y la de los totonacos, que son vecinos allá en la sierra. Y don Aurelio sabe curar a los que se enferman del mal del susto, que en totonaco se llama *tapekwan*.

Don Aurelio fue al monte, al mismo lugar en el que la niña se había caído. Él creía que la tierra había atrapado el alma de la niña, que la había capturado; así que azotó fuerte la tierra con una rama, para que la tierra soltara el alma de la niña. Luego don Aurelio cogió un puñito de tierra y se fue para la casa de la enferma.

Ya en la casa, don Aurelio mezcló en una ollita un poco de nixtamal y un poco de la tierra que había traído. Y mientras hacía la mezcla decía y repetía el nombre de la niña enferma. "Así el maíz le dará fuerza para vivir a la niña que se enfermó al caer en la tierra", decía don Aurelio.

Luego se hacen unas tortillas con ese nixtamal que tiene tierra, y entonces el alma ya se regresa al cuerpo del enfermo.

La historia de los caminantes

[NAHUAS Y TOTONACOS DE LA SIERRA]

Dos amigos iban por el camino cuando de pronto uno de ellos vio un bulto de tela y exclamó:

–¡Qué buena suerte tengo! Me he encontrado mucho dinero, el pañuelo está lleno de oro.

–No digas: "Yo me he encontrado mucho dinero". Di: "Nosotros tenemos suerte. Hemos encontrado un pañuelo lleno de dinero". Es necesario que los que juntos caminan, juntos se alegren.

Pero el que había encontrado el dinero repuso con enojo:

–Yo lo he encontrado y yo me lo guardo.

Al poco rato oyeron gritar a unos hombres que venían corriendo por el camino.

–¡Alto! ¡Ladrones!

Cada uno de los hombres llevaba un palo en la mano. Ellos eran los dueños del pañuelo de monedas y creían que los dos amigos les habían robado.

El que había levantado el dinero del piso se espantó y dijo:

–¿Qué vamos a hacer si nos atrapan con este dinero?

Y entonces su compañero le respondió:

–Antes no querías decir "nosotros", pues ahora sigue diciendo "yo".

¿Qué habrá sido de estos dos amigos?

Los dos burros

[NAHUAS DE LA SIERRA]

Aquel día iban por el camino dos burros cargados con mercancías. Uno de ellos llevaba sal y el otro llevaba telas. De pronto se hallaron frente a un río; si querían seguir sin muchos rodeos tenían que cruzarlo. El que iba al frente, que llevaba la sal, empezó a atravesar la corriente. El agua lo cubría cada vez más y mojaba su carga, pero el burro avanzó sin problemas hasta que estuvo del otro lado.

Cuando salió del río, el primer burro se veía mucho más ligero que antes, pues el agua se había

llevado y había diluido una buena parte de la sal de los costales.

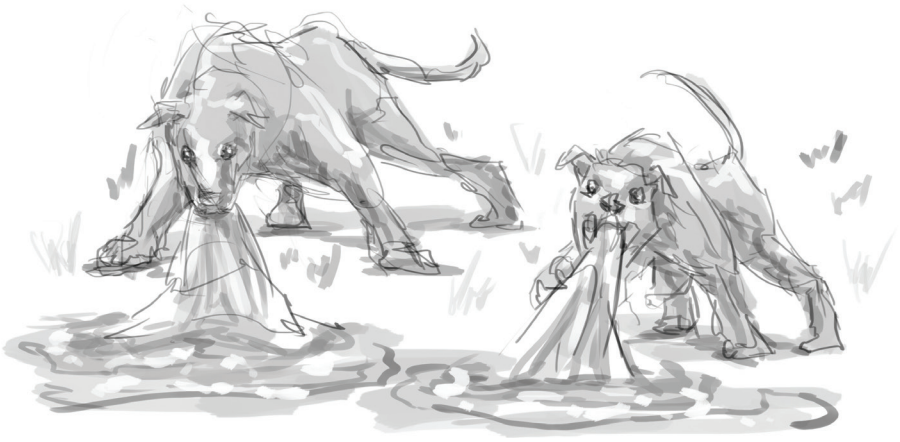
"Vaya, veo que ha salido como si nada, incluso se le ve más fresco y con ganas de seguir caminando", se dijo el segundo burro, que observaba desde la otra orilla. "Cruzaré yo también."

El segundo burro entró en el río. Conforme el agua mojaba las telas, la carga pesaba más y más. Al llegar a la otra orilla, el burro se sentía fatigado y veía que no podía con el peso.

Por eso decimos que no siempre es bueno imitar a los demás. Cada quien tiene sus propias circunstancias.

Los perros hambrientos y la empresa imposible

[NAHUAS DE LA SIERRA]



Cierto día, había unos perros hambrientos merodeando por la orilla del río. De pronto, los perros vieron unos cueros de vaca metidos en el agua. Su dueño los había dejado allí para suavizarlos. Un cuero es algo muy sabroso para un perro.

Bien, pues los perros decidieron comerse los cueros, pero estaban bastante sumergidos y no era fácil entrar en el agua para obtenerlos.

Uno de los perros se hizo cargo de la situación:

–Bebamos el agua, amigos, y así podremos recuperar los cueros.

Dicho y hecho: todos los perros empezaron a dar lengüetazos para beberse el agua. Bebieron y bebieron hasta que todos quedaron panzones, pero el río seguía corriendo; todavía había mucha agua que beber.

Esto nos hace pensar que no hay que meterse en una empresa imposible de terminar.

El hombre que hacía milagros y el horno de pan

[TOTONACOS DE LA SIERRA]

Había una vez un hombre que hacía milagros. Después de haber desempeñado diferentes oficios, el hombre entró a trabajar en una panadería. Cumplía bien con su trabajo y horneaba un delicioso pan.

Cierta tarde, cuando ya había concluido su horario de labores, el hombre que hacía milagros metió en el horno a una mujer muy vieja y muy fea. Encendió el horno, esperó y al cabo de un rato lo abrió, introdujo la pala de madera con la que se saca el pan… y salió una muchacha joven y hermosa.

El dueño de la panadería, que había estado observando a escondidas, no lo pensó dos veces. Corrió a buscar a su esposa y la metió en el horno. Después de un rato abrió el horno, ilusionado, pero sólo salieron cenizas. Entonces el dueño de la panadería salió corriendo, desesperado, en busca del hombre que hacía milagros. Lo encontró en la plaza, paseando en compañía de la joven que había sacado del horno.

–Oh, Dios mío, mira lo que he hecho. Quise convertir a la buena de Domitila en una muchacha joven y a cambio la he transformado en cenizas.

El hombre que hacía milagros se apiadó de su jefe. Verificó que toda la ceniza estuviera dentro y encendió el horno. En unos minutos salió Domitila, un poco más vieja y un poco más fea de lo que era antes de que su marido la metiera al horno.

–Ya lo ves –dijo el hombre de los milagros–. Ahora aprenderás a conformarte con lo que tienes.

Cuento de un burro y de un cochino

[POPOLOCAS DE SAN MARCOS TLACOYALCO]

Un día se olvidaron de darle de comer al burro. Tenía mucha hambre, así que se soltó del mecate y se dirigió al chiquero. Allí se comió las sobras que había dejado el cochino.

–Caramba, burro, tú trabajas tan duro y no te dan bien de comer. En cambio a nosotros los cochinos no nos hacen trabajar, nos dan abundante comida y nos bañan con frecuencia. Te compadezco.

Entonces el burro respondió al cochino:

–Es verdad lo que dices, trabajo muy duro y a veces no me dan bien de comer. Pero viviré más tiempo que tú.

–¿Y tú qué sabes? –respondió el marrano ofendido.

–Hoy me llevaron al mercado y he venido cargando sobre mi lomo un montón de pencas de maguey –contestó el burro–. Mañana se casa el hijo de nuestro amo y van a hacer una gran barbacoa de cochino, guajolote y carnero.

–¿Qué haremos? –exclamó el cerdo, dirigiéndose al guajolote y al carnero.

–Escaparemos esta noche –dijo el carnero.

–Pero estoy muy gordo y no podré salir por la puerta del corral –repuso el cerdo.

–No te preocupes. Yo embestiré el corral, romperé las tablas y podrás salir –dijo el carnero.

Cuando se puso el sol, los animales oyeron a los amos hablar de los preparativos para el banquete; no había duda, tenían pensado comérselos a todos.

A las doce de la noche el carnero dio un gran empujón y rompió parte del corral. El cerdo pudo salir y pronto ambos animales emprendieron la huida, seguidos de cerca por el guajolote, que caminaba algo más despacio.

Cuando amaneció, los amos acudieron al corral y se dieron cuenta de que los animales se habían ido. Siguieron las huellas, se internaron en el monte, pero por mucho que buscaron no lograron encontrarlos. Así que regresaron a su casa y no tuvieron banquete.

Por su parte, los animales pasaban miedo al estar lejos del corral. La primera vez que se les hizo de noche en el monte se dieron cuenta de que no tenían manera de protegerse del coyote, así que idearon un plan.

El carnero le dijo al guajolote:

–Duérmete en una de las ramas del árbol, tan alto como puedas llegar. Cuando oigas venir al coyote nos avisarás para que podamos defendernos.

Y así ocurrió. Cuando el coyote se acercó, el guajolote gritó desde su rama:

–¡Gordo, gordo, gordo! –que es lo que los guajolotes mejor saben decir.

Además, el guajolote se esponjó, haciendo un gran escándalo con sus plumas. El carnero baló con fuerza y además se puso a patear el piso. Y el cerdo gruñó estruendosamente. Cuando el coyote oyó todo esto tuvo miedo y ya no se quiso acercar.

El cochino, el carnero y el guajolote repitieron esta rutina cada noche durante dos meses, y así lograron mantenerse a salvo en la montaña. Transcurrido ese tiempo, los animales se dijeron:

–Está bien. Quizá los amos ya entendieron y se van a portar mejor con nosotros. Quizá ya no nos van a matar.

Los tres amigos –ya se habían vuelto amigos durante esta aventura– emprendieron el regreso.

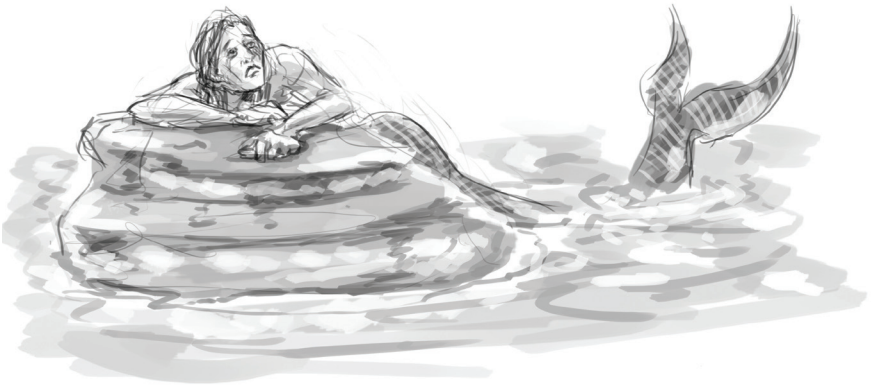
Caminaron durante la noche y llegaron al ranchito antes de que saliera el sol. Al despertar, sus amos los vieron en el corral y se pusieron muy contentos.

–Los animales que habíamos perdido han regresado. Qué bueno. Ya no diremos nunca más que los vamos a matar.

Siempre les dieron cosas buenas de comer, y así vivieron.

La muchacha que se convirtió en sirena

[NAHUAS DE LA SIERRA]



Había una vez una muchacha a la que le gustaba mucho jugar cuando la mandaban a traer agua. Se metía en el río y pasaba largo rato bañándose y chapoteando. También jugaba en el monte.

–No te pases tanto tiempo metida en el río –le decía su madre–, un día te vas a quedar allí y ya no vas a poder volver.

Pero la muchacha, que ya era grandecita, no le hacía caso.

Una vez la jovencita fue por agua y ya no regresó. La madre le avisó a su marido lo que ocurría

con la hija y al día siguiente fueron ambos a buscarla al río. La encontraron dentro del agua, junto a una piedra grande. Estaba llorando porque se había convertido en sirena.

El huipil de la tortuga y los dioses del maíz

[NAHUAS DE LA SIERRA]

En los tiempos de antes hubo un niño y una niña que nacieron de una semilla de maíz. Una tortuga cuidaba de estos dos hermanos. El niño se llamaba Francisco y la niña, María. La tortuga los paseaba como si fuese su nana.

Un día la niña empezó a rascarle la espalda a la tortuga.

–¿Qué haces? –dijo la tortuga–. Si me sigues rascando la espalda los voy a bajar.

–No te enojes –le pidió la niña–. Sólo te estoy tejiendo tu huipil.

Es por eso que los huipiles son como el caparazón de las tortugas.

El conejo y el zorrillo

[POPOLOCAS DE SAN LUIS TEMALACAYUCA
Y SAN MARCOS TLACOYALCO]

Había una vez un conejo que se encontró unas monedas.

"Si compro pan, pronto se me acabará. Si compro un dulce o una galleta, se me acabará también", pensaba el conejo. "Si compro un poco de lana, pronto se terminará. ¡Ya sé! Mejor compraré una guitarra. Sí, eso será lo mejor."

Así que el conejo se dirigió con ilusión al mercado, compró una guitarra y se puso a tocarla. Estaba tocando buena música cuando llegó el zorrillo.

–Préstame tu guitarra un ratito –dijo el zorrillo.

–No, porque a lo mejor me la robas.

–No, no te la robaré.

El conejo le prestó la guitarra al zorrillo. El zorrillo estuvo largo rato con ella, haciendo ruido más que música.

–Bueno, ahora sí dame la guitarra porque ya me voy –dijo el conejo.

–No. No es tuya y no te la doy –le dijo el tramposo zorrillo–. Y si sigues molestando te rociaré hasta que apestes.

El conejo se puso a llorar de rabia. El zorrillo se cambió de lugar y fue a sentarse del otro lado del camino. No se dio cuenta pero se sentó en un hormiguero. Eran tantas las hormigas que picaban al zorrillo, que éste dejó caer la guitarra.

Entonces el conejo paró de llorar, recogió su guitarra y se fue contento, haciendo música.

El pescador y su enamorada

[TOTONACOS DE LA SIERRA]

Había un joven que solía pescar en un pozo cercano al pueblo de Zongozotla. Como siempre tenía la suerte de atrapar muchos peces en ese lugar, no dejaba de ir allí.

Cierta vez, el joven encontró a una muchacha que lavaba ropa a un lado del pozo. Llegó, la saludó y al instante se enamoró de ella. Pero ya no platicaron más.

Al cabo de unos días volvió a encontrar a la muchacha junto al pozo. Estaba tendiendo la ropa que había lavado. Combinando los colores de cada

prenda había formado un arcoíris. El joven se sentó junto a ella y le empezó a platicar cosas de amor; la muchacha aceptó las palabras de amor y le dijo al joven que tenía que regalarle a ella sus gallinas. En realidad se refería a los peces que el joven atrapaba en el pozo.

Luego la jovencita le dijo al pescador que al día siguiente debía volver para encontrarse con ella, pero que tenía que llegar tocando una pequeña flauta y un tamborín como lo hacen los voladores, los que se descuelgan de un poste realizando giros.

–Estoy dispuesto a todo –respondió el joven, porque así es el amor.

El joven regresó a su casa y se puso a confeccionar los instrumentos para poder acudir al día siguiente al pozo, de la manera en que lo había convenido con su amada. Su padre lo observaba con curiosidad, pues no entendía para qué quería su hijo los pequeños instrumentos.

Al día siguiente el joven se dirigió al lugar de su cita y su padre lo siguió sin que se diera cuenta. Tan pronto como vio a la muchacha, el enamorado empezó a tocar la flauta y el tamborín, y se fue a sentar junto a ella en el borde del pozo, sin dejar de tocar. Luego se pusieron a platicar.

"Con que esto era lo que se traía mi muchacho. Resulta que tiene novia", se dijo el padre. "Pero

de dónde vendrá esta muchacha si aquí cerca no hay ninguna casa."

De repente la muchacha abrazó al joven y lo jaló con fuerza hacia atrás. Ambos cayeron dando vueltas. El padre se acercó rápidamente al brocal del pozo pero en el agua no había nada. Ni rastro de los dos.

Después de un rato vio a los dos enamorados dando vueltas en el agua, tenían el mismo aspecto que cuando estaban vivos. Un poco más tarde aparecieron otra vez, pero ya no eran humanos, eran dos culebras enroscadas la una con la otra.

Los cuentos*

"Los pretendientes de la Malinche". Tradición nahua de Cuauhtinchan. Recopilación de Pablo Escalante Gonzalbo.

"El tesoro del Popocatépetl". Tradición nahua de Huaquechula. Recopilación de Pablo Escalante Gonzalbo.

"La vieja que atacó a los cerditos". Nahuas de la sierra. Atenti, Tetela de Ocampo. Narrador: don Felipe Lemus.

"Las brujas de la sierra". Nahuas de la sierra. Atenti, Tetela de Ocampo. Narrador: don Felipe Lemus.

"Dos esposos y el hechizo de convertirse en perro". Nahuas de la sierra. Atenti, Tetela de Ocampo. Narrador: Loreto B.

"Los escondites del general". Nahuas de la sierra. Atenti, Tetela de Ocampo. Narrador: don Felipe Lemus.

"El hijo del maíz". Nahuas de la sierra. San Miguel Tzinacapan.

"*Siwateyomeh*, las mujeres del río". Nahuas de la sierra. Xalacapan, zonda de Zacapoaxtla. Narrador: Heraclio Oropeza. Recopilación y versión al inglés de Arch McKinlay.

"Los duendes que chupan la sangre". Nahuas de la sierra. Xalacapan, zonda de Zacapoaxtla. Narrador: Heraclio Oropeza. Recopilación y versión al inglés de Arch McKinlay.

"Cuando los espíritus andan por el campo". Nahuas de la sierra. Xalacapan, zonda de Zacapoaxtla. Narrador: Heraclio Oropeza. Recopilación y versión al inglés de Arch McKinlay.

---

* Versiones seleccionadas de la colección formada por Luz del Carmen Cuéllar Valcárcel y Paloma Escalante Gonzalbo para este proyecto.

"La serpiente que se convirtió en Venus". Totonacos de la sierra. Recopilación original y traducción de Elizabeth Aschmann. Versión de Fernando Horcasitas.

"El maíz y los pájaros carpinteros". Totonacos de la sierra. San Miguel Tzinacapan.

"El hombre flojo y la jarra de monedas". Nahuas de la sierra. Tlaxpanaloya, municipio de Naupan. Narrador: Eleodoro Márquez.

"La señora de blanco". Tradición otomí. Narradora: Elizabeth Ramírez Contreras. Traducción de Margarita de la Vega Lázaro.

"La tortuga invitada a la boda". Tradición otomí. Narradores: Donaciana Martín, Victorino Gómez y Pedro Godínez.

"El hombre que desafió al rayo". Totonacos de la sierra. Narrador: José María Francisco Olmos. Traducción de Salvador Francisco.

"La vida, el hombre y la mujer". Otomíes de la sierra. Narradora: doña Juanita, curandera. Tomado de las versiones de Verónica Rosalía Gómez Ruiz.

"La bruja malvada y cómo empezaron a existir las moscas, los sapos y los zanates". Totonacos de la sierra. Narrador: Francisco Diego Hernández.

"De cómo se hicieron amigos el perro y el coyote". Otomíes de la sierra.

"El malo de la montaña". Popolocas. Narrador: don Rafael. Recopilación y versión de María del Socorro Alejandra Gamez Espinosa.

"El maíz podrido y el dios del maíz". Totonacos de la sierra. Narradora: María Salazar Francisco. Traducción de Domingo Francisco Velasco.

"La aparición de un extraño ángel". Otomíes de la sierra.

"El renacimiento del dios del maíz". Nahuas de la sierra. Zona de Pahuatlán. Transcripción original de Eliana Acosta Márquez.

"Nanauatsin en el agua". Nahuas de la sierra. San Miguel Tzinacapan. Narradora: Elena Manzano Islas. Recuperación del relato de Sybille de Pury-Toumi.

"La rana que reventó". Nahuas de la sierra. Xalacapan.

"La mujer codiciosa que se convirtió en mula". Tradición nahua de Tecali de Herrera. Narradora: Virginia González. Entrevistadora: Alma Y. Castillo.

"La misteriosa cantina del interior de la montaña". Popolocas. Narrador: don Panchito, mayordomo. Recopilación y versión de María del Socorro Alejandra Gamez Espinosa.

"Cuando se apareció la Virgen en el peñón". Nahuas y totonacos de la sierra. San Juan Jonotla. Recopilación de las versiones locales de Alfredo Martín Olguín Pérez.

"El mal del susto". Nahuas y totonacos de la sierra. Recopilación y versión de Luz María Lozada.

"La historia de los caminantes". Nahuas y totonacos de la sierra. Xalacapan.

"Los dos burros". Nahuas de la sierra. Xalacapan.

"Los perros hambrientos y la empresa imposible". Nahuas de la sierra. Xalacapan.

"El hombre que hacía milagros y el horno de pan". Totonacos de la sierra.

"Cuento de un burro y de un cochino". Popolocas de San Marcos Tlacoyalco. Tlacotepec. Recopilación y traducción de Paulita Machín y Sharon Stark.

"La muchacha que se convirtió en sirena". Nahuas de la sierra. Narradora: Juana Francisca Arroyo. Recopilación de Armando Alcántara Berumen.

"El huipil de la tortuga y los dioses del maíz". Nahuas de la sierra. Narradora: Juana Francisca Arroyo. Recopilación de Armando Alcántara Berumen.

"El conejo y el zorrillo". Popolocas de San Luis Temalacayuca y San Marcos Tlacoyalco.

"El pescador y su enamorada". Totonacos de la sierra. Narradora: Lucía Álvarez Aparicio. Traducción de Roberto Martínez. Recopilación de Abraham Ávila Soriano.

Bibliografía

Acosta Márquez, Eliana, *La constitución y deterioro del cuerpo. Una exploración etnográfica sobre la noción de persona a través de la relación del itonal y el chikawalistli entre los nahuas de Pahuatlán, Puebla*, tesis de doctorado, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2013.

Alcántara Berumen, Armando, *Entre trama y urdimbre. Simbolismo mítico y ritual en San Andrés Tzicuilan, Puebla*, tesis de licenciatura, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1998.

Ávila Soriano, Abraham, *Algunos aspectos etnoherpetológicos de un municipio totonaco de la sierra norte de Puebla*, tesis de licenciatura en biología, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Estudios Superiores - Iztacala, 1987.

Castillo Rojas, Alma Yolanda, *Encantamientos y apariciones. Análisis semióticos de relatos orales recogidos en Tecali de Herrera, Puebla,* México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1994.

Cuentóe colocho co cocochi. Cuento de un burro y de un cochino, México, Instituto Lingüístico de Verano, Secretaría de Educación Pública, 1974.

Cuentos de los antiguos totonacos, México, Instituto Lingüístico de Verano, Secretaría de Educación Pública, 1972.

Gamez Espinosa, María del Socorro Alejandra, *El ciclo ritual agrícola en una comunidad popoloca del sur de Puebla: San Marcos Tlacoyalco*, tesis de doctorado, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2006.

Gómez Ruiz, Verónica Rosalía, *La promesa: iniciación de una curandera otomí en Acalmancillo, sur de la Huasteca poblana*, tesis de doctorado, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2010.

In itskwímmej ten mayánayaj. Los perros que tenían hambre, México, Instituto Lingüístico de Verano, s. f. (copia del archivo permanente de alfabetización).

In sihuat huan ipitzou. Una mujer y su marrano, México, Instituto Lingüístico de Verano, 1967.

Lozada, Luz María, "El espíritu del maíz. Circulación anímica y cocina ritual entre los totonacos de la sierra norte de Puebla"*, Nuevo Mundo – Mundos Nuevos*, 2014.

Masferrer Kan, Elio, *et al.*, *Etnografía del estado de Puebla. Puebla norte*, México, Gobierno del Estado de Puebla, Secretaría de Cultura, 2003.

Mondragón, Lucila, Jacqueline Tello y Argelia Valdez, *Relatos otomíes. Nfini hñahñu*, México, Dirección General de Culturas Populares, 1995 (Lenguas de México, 15).

Ná cuentoé ná colano. Cuento de un conejo, México, Instituto Lingüístico de Verano, 1980.

Nijin cuentos ten tahuetzquitiaj. Cuentos cómicos, Xalacapan, Puebla, México, Instituto Lingüístico de Verano, 1950.

Olguín Pérez, Alfredo Martín, *El problema del susto en San Juan Jonotla, Puebla, en la segunda mitad del siglo xx*, tesis de licenciatura, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2003.

Poury-Toumi, Sybille, *De palabras y maravillas. Ensayo sobre la lengua y la cultura de los nahuas. Sierra norte de Puebla*, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Conaculta, 1997.

Relatos totonacos, recopilación de Rosa Isela Albarrán, México, Dirección General de Culturas Populares, 2002 (Lenguas de México, 5).

Sánchez Lemus, Lucía. *Atenti: un pueblo de mitos*, Puebla, Dirección General de Culturas Populares, Unidad Regional Puebla.

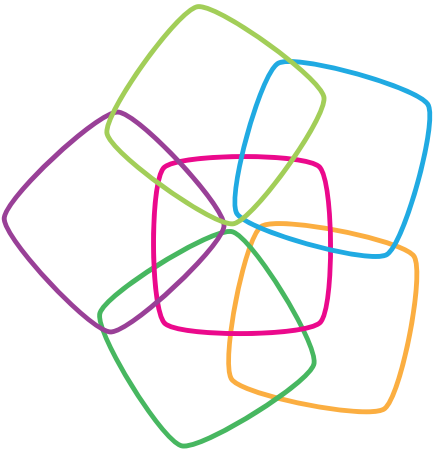
Taller de Tradición Oral de la Sociedad Agropecuaria del Centro de Estudios y Promoción Educativa para el Campo, *Les oíamos contar a nuestros abuelos*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1994.

Tlalocan, volúmenes IV, V y VI, 1963-1969.

Narrativa de las comunidades de
tradición indígena del estado de Puebla

se terminó de imprimir en 2015
en los talleres de reproducciones gráficas avanzadas
21 Sur núm. 2308, Col. Volcanes, C. P. 72410, Puebla, Pue.

En su composición tipográfica se utilizó
la familia Egyptienne F LT Std.
Impreso en papel couché mate de 150 gramos
y cartulina sulfatada de 14 puntos.
El tiraje consta de 1000 ejemplares.



¡El Museo Amparo va por ti!

ISBN: 978-607-95918-8-5